

ta de los aportes del saber científico, equilibrándolos: no olvidar otra vertiente del cómo, de la metodología necesaria a todo espíritu crítico, «*lo que la ciencia muestra, la imagen representativa y reconstructiva del mundo*», es decir, «*la finalidad propia de aquel método*»²⁴. Tal rehabilitación o, mejor, humanización del contenido del saber, permite integrar todas las formas de subjetividad (particularmente las experiencias estética y moral) con el horizonte de objetividad, siendo éste establecido por el hombre como su última meta extrasubjetiva.²⁵

En este contexto, el campo de las relaciones humanas no puede más quedarse reducido al objeto de una investigación cualquiera dado que el discurso racional, «*disciplina purificadora y liberadora*», se compromete en el curso, llega a ser el sujeto mismo de la convivencia. Lleva «*a ella la ética del pensar racional, esa actitud, que no es sólo del intelecto, sino de la persona entera, para asumir la responsabilidad de juzgar críticamente, de renunciar a la soberbia de las propias convicciones, de valorar superlativamente la verdad, de reconocer su carácter dialogante, de dignificar al prójimo como interlocutor y constituir con él la comunidad viva del diálogo creador*». Y, al precisar la misión de la universidad de hoy, misión que consiste en salvar «*el diálogo racional y el saber a qué conduce*», Millas añade: «*Sentido humano, espiritualidad y racionalidad son términos que, respecto a las relaciones intersubjetivas, funcionan como sinónimos*».²⁶

La insistencia sobre lo racional como elemento rector en el (deseable) comportamiento del hombre no conduce a adhesión-retorno de ninguna doctrina preestablecida. Si, para el autor chileno, «*el ideal racional del pensamiento constituye la más efectiva de las formas de integración de la experiencia, más aún, es el instrumento natural de la inteligencia humana en su intento de comprender las cosas desde el punto de vista de sus conexiones universales*», esta «*racionalidad del pensamiento*» no implica, «*por modo necesario, la concepción racionalista de las cosas*», pero sí está en el origen de todo filosofar no autosuficiente, actuando a la vez como su entelequia en tanto que la filosofía cumple con su papel más elevado, es «*la*

²⁴ Ibid., p. 197.

²⁵ «... *cabiendo en la universidad la investigación científica, forma de creación, cabe también en ella la creación artística, forma de investigación*» (Idea y defensa de la universidad, p. 107). *La concepción de la universidad como más alta expresión del proceso educativo surge de este esfuerzo integrador: «Sólo la inequívoca regla de que a la universidad incumba la conservación y la generación del conocimiento originado en la ciencia –no en esta o aquella ciencia en particular, por supuesto, sino en la ciencia como disciplina racional de la inteligencia– permite saber lo que es esencial o primero para ella»* (ibid., p. 11).

²⁶ El desafío espiritual de la sociedad de masas, pp. 217-218.

búsqueda de un saber total, radicalmente fundado, relativo al ser y valor de las cosas, en función de la existencia humana».²⁷

Naturalmente, la construcción teórica que debe sostener un programa tan ambicioso, no puede contenerse con ninguna improvisación, sobre todo en el desarrollo de su trama gnoseológica. El acto de conocer es lo que causa el primer punto de ruptura reflexiva en lo que hay, aparentemente compacto, lo que desencadena un proceso en el cual la conciencia descubre, descubriéndose a sí misma, su propia limitación e inconsistencia. Y no existe otra salida, otro remedio a esta carencia connatural al hombre, sino en su asunción lúcida, en el ensayo de transformar lo aparentemente impuesto en la positividad voluntariamente escogida, siempre «llevar el pensamiento al límite», lo que justamente «supone pensar las cosas desde el punto de vista de la unidad, de la totalidad y del fundamento. Con ello se lleva la inteligencia al esfuerzo máximo de comprensión, a la intelección radical de la experiencia y del propio pensamiento que la piensa».

Para ello elabora Millas una teoría de «conceptos límite» (noción kantiana: *Grenzbegriff*), diferentes de las categorías de la ciencia porque «intentan representar los aspectos y estructuras más generales de la *experiencia* tomada como conjunto», como objeto global de la reflexión discursiva. Hay tres «conceptos límite fundamentales: ser, deber ser y conocimiento»²⁸ que determinan respectivamente las diferentes áreas de investigación filosófica.

Que la experiencia ocupa el puesto central en nuestro encuentro con lo real, hasta el punto de que la vida humana podría ser definida como «una búsqueda afanosa» de aquélla, parece evidente. Pero debemos efectuar un paso más y darnos cuenta de que «la realidad es un objeto sólo mentado, que la experiencia nos ayuda a construir mediante sondajes sucesivos y discontinuos a lo largo de su extensión». La «experiencia de lo real» es sólo la serie de *las experiencias*, en la cual cada una de ellas es apenas un punto de contacto con un cuerpo infinitamente vasto de realidad no accesible aquí y ahora». Nunca tocamos de golpe una «totalidad presente», «nuestra relación

²⁷ Idea de la filosofía, pp. 20-24, 127. *Totalidad, radicalidad no caben, ni siquiera como meta última, en todo saber filosófico: «Sólo en el seno de la Filosofía, que lleva la libertad a la experiencia límite de desafiar al hombre con la libertad frente a sí mismo, pueden verse a plena luz la magnitud y el significado del sufrimiento humano. Porque ahí no puede ocultarse el propio hombre, con sus terrores y con sus mitos, a la par religiosos y políticos, como responsable de muchas formas históricas de ese sufrimiento, incluso de aquellas implantadas para acabar con el sufrimiento. Despejar esta mistificación y poner al hombre sin simulaciones ideológicas frente a su propia responsabilidad, es la efectiva contribución de la Filosofía, tanto al conocimiento del hombre como a la acción destinada a mejorar su suerte. [...] La verdadera índole de la Filosofía sólo se revela a quien logra avizorar y vivir a través de su ejercicio, la naturaleza experimental del pensamiento»* (ibid., pp. 13, 15).

²⁸ Ibid., pp. 15, 62-63, 67.

con lo real es inexorablemente polifásica»; de donde la exigencia eminentemente filosófica, la «de la integración racional de la experiencia», el ejercicio cognoscitivo y consciente de la intencionalidad de la conciencia, es decir, el ejercicio proyectivo de la capacidad representativa del pensamiento cuyo ciclo va «de la experiencia a la experiencia, por vía de la intelección sustitutiva».²⁹

El principio metodológico que rige este complejo proceso y se desprende de él debe tener en cuenta su doble anclaje gnoseológico y ontológico; calificarlo de dialéctico parece lo más adecuado: «*principio de la integración racional*» o «*de totalización límite*», conduce a enfocar lo que hay, la realidad dispersa, desde el punto de vista de la unidad relacional para, ante todo, hacerla comprensible en su movimiento ascensional hacia «lo absoluto», es decir, «hacia aquel supuesto que, no trascendiéndose mediante relaciones, es el continente de todas las relaciones posibles»³⁰.

Esa dialéctica tiene la pretensión de superar el antiguo conflicto entre realismo e idealismo, esencialmente por la abertura del concepto límite fundamental de ser, inconmensurable con el de conocimiento, pero necesario como un punto constante de referencia. El progreso (experiencias sucesivas hechas y pensadas) del conocer no se inicia efectivamente desde el ser ni hacia él, sino a la vez, dentro y frente a él. De un lado el ser funciona como nuestro horizonte, «como protagonista y dador de sentido, penetrando de punto y cabo todo el proceso del vivir humano»: es el ser del conocimiento; del otro, para poder conocerlo, debemos previamente destotalizarlo (escisión sujeto-objeto), poniéndolo ante la conciencia, dado que «sólo en la medida en que no *somos* lo que algo es, lo conocemos, pues conocer es hallarse nuestro ser en cierta específica relación con *lo otro*». Queda claro que la categoría del ser así comprendido, «*a-cognoscible*» (término diferente del «*in-cognoscible*»), no se armoniza con ninguna doctrina ideológicamente encerrada, incapaz de ponerse en cuestión, pero sí, con el itinerario de un filósofo cuya «patria es el ser abierto»³¹.

²⁹ Ibid., pp. 29-33, 367. O, formulado de otra manera: «de las cosas a las cosas a través de los entes ideales» (ibid., p. 379). Para Millas, siguiendo a Husserl, la intencionalidad es la «esencial propiedad de la conciencia humana». «El hombre que está siempre ante sí mismo, cuyo ser consiste en “verse ser” está, ya en este acto, ante el ser del otro y de lo otro, del prójimo y demás objetos. La estructura fundamental de su existencia es, pues, cognoscitiva» (ibid., p. 184). El conocimiento traspasa así la esfera puramente noética, confundándose con una continua «experiencia representativa de objetos», experiencia «que constata la presencia de un objeto» a través de una reconstrucción racional. Dos problemas mayores —el de la compatibilidad de representación y presencia y el «del pensamiento racional como sustituto de la experiencia»— (ibid., pp. 209, 336) cuya importancia el filósofo chileno subraya.

³⁰ Ibid., pp. 141, 173.

³¹ Ibid., pp. 331, 486, 326, 172.

La dominante racionalista en el pensamiento de Millas no nos justifica pues el tomarlo por tal, absolutizándola; su «racionalismo» se inscribe como un momento metodológico esencial dentro de una actitud general «filosófica del espíritu» caracterizada «por cuatro rasgos principales: a) Su afán cognoscitivo o teórico; b) su afán de racionalidad o de interpretación de la experiencia mediante los conceptos y principios del entendimiento racional; c) su afán de totalidad en el saber, d) su afán antropológico, es decir, la postulación del hombre como centro de la totalidad buscada». Se trata de la actitud que tiende a promover y rehabilitar una razón creadora-constructora, (auto)crítica, dinámica y autofundante en tanto que óptimo instrumento de la humanización del hombre, pero derivada de la vida humana, correspondiente, relativa a su precariedad ontológica; supera entonces los esquemas del racionalismo integrando las experiencias nuevas (científicas y/u otras) en un proceso, «el proceso de racionalización de algo sólo progresivamente racionalizable»; no niega la existencia de lo irracional, contesta solamente su perennidad.

Si se quisiera hallar una frase clave en la obra de Millas, sería sin duda la siguiente: «Anverso y reverso de lo mismo, mi realidad es una determinación de la realidad»³². Un acto del conocimiento racional y concretamente constitutivo por el cual nacen el yo y el mundo, acto gnoseológico a la vez que onto-creador (metafísico).³³

Risieri Frondizi (1910-1983)

Las biografías intelectuales consagradas a Risieri Frondizi ponen siempre de relieve un rasgo específico de su pensamiento: el que lo sitúa en la

³² Ibid., pp. 127, 154, 323. A lo que el autor añade: «Otras palabras podrían servirnos para fijar este comienzo absoluto, que es el de nuestra vida: podríamos decir, como se dice en ocasiones, la realidad, la existencia, lo que hay; más simplemente aún, bastaría un mero “esto”, un elemental “ahí”, un puro “algo”» (ibid., pp. 323-324).

³³ Sobre la relación entre la metafísica y la gnoseología caracterizada como «relación progresiva», Millas escribe: «[...] la determinación entre los términos no se da de una vez y en un solo plano: se da en grados y múltiples planos de referencia recíproca; partiendo de la oscuridad inicial de uno de los términos, se desarrolla, por reenvío de uno de los términos al otro, una clarificación progresiva entre ambos. La comprensión del ser, o sea la Metafísica, sólo es posible en los límites de la relación cognoscitiva, de cuyo análisis depende el valor de aquella comprensión. Pero ese análisis, en la medida en que exige una comprensión del conocimiento, nos remite por su parte a la comprensión del ser, es decir, a la Metafísica. ¿Círculo vicioso? No: progresiva dialéctica, que no hace sino reproducir en la estructura del método y en la conceptualización de las ciencias, la estructura de lo vivido, tal como se da en los límites de la espontaneidad y de la reflexión» (ibid., pp. 356-357).